47/155549

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 30 DE JULIO DE 1921 NÚM. 6

LA CONVERSIÓN DE FLORESTÁN

Novela de Emilio Carrère

Ilustraciones de Máximo Ramos

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57, MADRID

La conversión de Florestán

I

Luis Florestán era un personaje contradictorio. Amaba á las mujeres con un ciego desbordamiento y tenía siempre el alma estremecida por los enigmas de ultratumba. De nacer en otros siglos, hubiera sido un fraile poseído, de los que hablan las historias edificantes. Ahora sólo era un novelista que, antes de escribirlas, vivía sus novelas.

Tenía más de treinta años, pero sus pasiones estallaban con violencia de adolescente, siempre con un fondo de romanticismo. Acaso era un enfermo de la imaginación. Cada mujer nueva, le inspiraba un folletín apasionado. Era el estudiante Lisardo, el Don Juan, el Casanova de la fantasía. Cuando llegaba á poseerlas, sentía la primera noche cómo un cansancio antiguo, porque con su imaginación ya había gozado de los episodios más amables. Entonces, recobraba su seriedad y volvía á las especulaciones filosóficas de un orden suprasensible, hasta que otra mujer desconocida se ponía en su camino.

Tenía un amigo predilecto, Perulia, gordiflón, colorado y materialista. Perulia no estaba seguro de la supervivencia del alma, pero conocía muy bien los lugares donde expenden el jamón más curado, los más áureos cochinillos, las mejores empanadas de salmón. Florestán amaba á Perulia por la teoría mágica de la analogía de los contrarios. Por las noches, después de salir del café, paseaban un ratito; dejaba á Perulia en su casa y Florestán seguía vagando hasta que asomaba el lívido claror del amanecer.

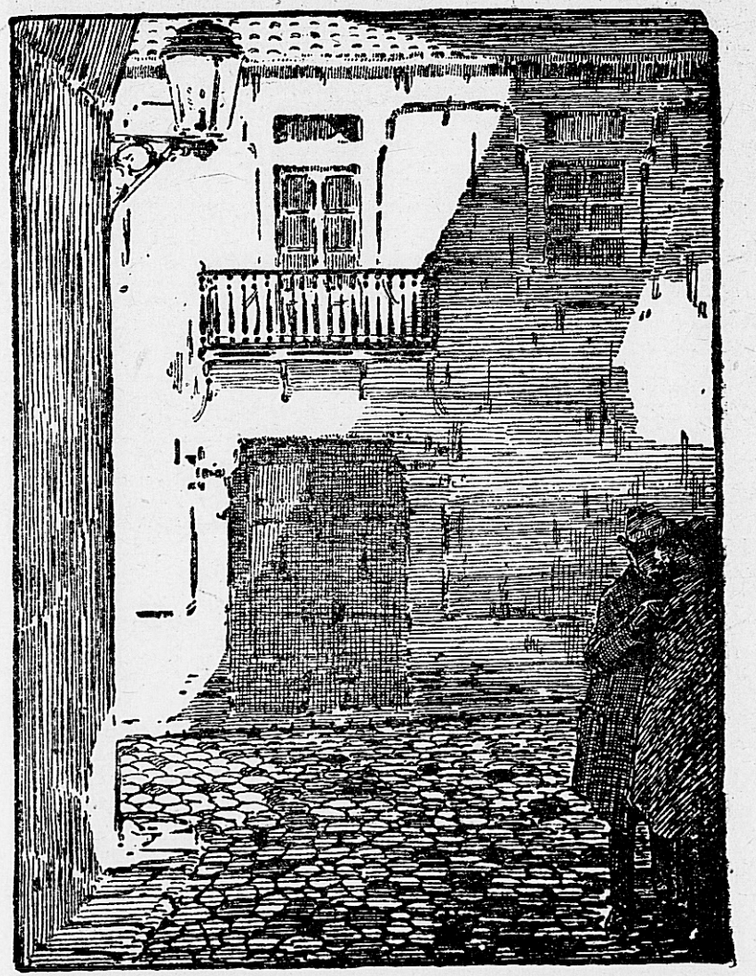
Todas las noches pasaba por la calle de la Cruz Verde, solitaria y en sombras. Una vez oyó un piano que resonaba limpio y dulce en el silencio de la hora.

Era una sonata de Mozart.

—Toca muy bien. ¿Quién será? Una mujer, seguramente.

Cuando cesó la música, Florestán siguió su camino, ya preocupado por la misteriosa pianista. Sería una pálida adolescente con los ojos febriles y las manos de sagrada organista, pálidas y largas como las mágicas manos musicales de Santa Cecilia. ¡Sería muy agradable hacer la escena del balcón de Verona en aquella calle solitaria! Cierto que era un Romeo un poco obeso; pero, desde las sombras, él sabría hablar con la poética ternura y con la emoción de Cyrano. Ella le llegaría á amar seguramente, y una noche huirían juntos del padre tirano que se oponía á su amor. Visitarían París, Venecia, Londres. Serían como dos príncipes misteriosos que pasean por el mundo su idilio magnífico. Correrían muchas aventuras, hasta que una noche en el Bósforo...

Un reloj de iglesia resonó sus solemnes campanadas é interrumpió el nuevo folletín de Luis Florestán.



Estaba cansado y se durmió pensando en la incógnita belleza de la calle de la Cruz Verde.

Al otro día pasó por la casa, muy vieja, con la puerta de la calle cerrada y asimismo las maderas de los balcones, como si nadie la habitase. Tenía un solo piso y entre los hierros desmayaba una palma seca y amarilla, triste reliquia de un remoto Domingo de Ramos.

—¡Es extraño! ¡Parece que aquí no vive nadie! Y, sin embargo, aquí mismo sonaba anoche la música...

Y se fué en busca de Perulia.

—Vengo á contarte una cosa extraordinaria. Una casa deshabitada, donde por las noches hay un espíritu que toca sonatas de Mozart. Yo lo he oído.

Perulia sonrió.

—Iremos á oirle esta noche.

Perulia era el contrapeso de la vulgaridad de las fantasías galantes ó maravillosas de Florestán.

Y fueron, efectivamente. El claro de luna teñía de un azul fantasmagórico las fachadas; el ambiente era diáfano.

—Las noches de luna me han hecho siempre pensar en las almas de los que se han ido. Así deben ser los fantasmas, de este color azulenco y fosfórico. Parece que el aire está poblado de formas astrales que le dan esta transparencia luminosa. Se ha discutido mucho si la luna estaría habitada. Indudablemente, querido Perulia. La luna es una enorme calavera que está habitada por los muertos.

Perulia sonreía con las manos gordezuelas cruzadas beatíficamente sobre la panza.

—Claro es que sólo lo que podríamos llamar la aristocracia de los que se fueron. Son los Campos Elíseos donde vagan las sombras de Dante, de Leonardo, de Hugo, de Verlaine. Los muertos vulgares se quedan en el fondo negro del séptimo plano,

en compañía de monstruos insospechados. Tú, querido Perulia, te quedarás ahí. Puesto que hay tortugas de varios metros de ancho y larvas horribles —las que inspiraban á los escultores góticos—que atormentan á los pobres espíritus ramplones que aún se creen vivos y en disposición de ir á jugar su acostumbrada partidita de tute habanero...

—Bueno, querido Florestán; pero mientras me llega esa desgracia, ¿quieres decirme dónde está esa casa donde los espíritus tocan el piano?

Como respondiendo á un conjuro, sobre el silencio de la calle fluyeron las notas claras, dulces, cristalinas, de un piano. Esta noche tocaban *La muerte de Ase*, del melancólico Grieg.

Cuando cesó el encanto de la música, Florestán exclamó, triunfador:

—Y ahora, ¿te convences?

—Sí. Me convenzo de que han tocado el piano; pero, [illegible] que ha de ser un espíritu?

—¿No ves que la casa está deshabitada?

—¿Estás seguro?

—La he visto yo de día. El portón y los balcones están herméticamente cerrados.

—Es un poco raro, efectivamente. ¿Te parece que preguntemos al vigilante nocturno?

Florestán protestó, escandalizado.

—El seguramente descifrará el enigma.

—¡Eres un galápago, Perulia!

—Me gustan poco los folletines en la vida real. ¿Por qué empeñarse en ver siempre cosas sobrenaturales? Analicemos antes detenidamente. Para algo tenemos el raciocinio. Ahí llega nuestro hombre. Interrógale.

Florestán obedeció.

—¿Quiere usted decirnos cómo se llama esa señorita que vive en esta casa?—y le puso unas monedas en la mano.

El sereno, tras de guardarse concienzudamente el dinero, miró á los dos amigos y puso la cara de perfecta estupidez que distingue á tan respetable institución autoritaria.

—No sé por quién me pregunta usted.

—Sí, hombre, recuerde bien. Esa señorita que tocaba el piano hace un momento.

—Yo no he oído á nadie tocar ningún instrumento. Y me choca la pregunta de ustedes, porque...

—Siga usted...

—Porque... en esa casa ya hace muchos años que no vive nadie.

Florestán resplandecía de satisfacción. Perulia estaba perplejo.

—Pero si lo acabamos de escuchar ahora mismo...

—Pues mire usted si sabré yo que aquí no hay ningún vecino. Está desalquilada hace muchos años y sólo vive en ella la portera, muy vieja, que las tardes que hace sol se asoma á la ventana de la bohardilla. De un día á otro empezarán á derribarla, y entonces no sé dónde irá la pobre mujer, con sus años y sin tener á nadie en el mundo. Al hospital, si hay cama y si la quieren admitir...

—Y ¿quién es el dueño de este caserón?

—¡Vaya usted á saber! En el barrio dicen que era un señor que se fué á América y no ha vuelto á aparecer. Creo que era un extranjero.

Y el buen hombre se fué lentamente en busca de alguna taberna para festejar la generosidad de los dos amigos.

Apenas hubo doblado la esquina, sonó de nuevo dulcemente la voz del piano. Chopin rimaba su melancolía otoñal con el claro de luna y con el alma misteriosa de la noche.

El incrédulo Perulia estaba seriamente intrigado.

—Verdaderamente, aquí hay misterio.

Súbitamente se apagó la melodía y crujieron suavemente los cristales de un balcón. Florestán asió con violencia á Perulia.

—¡Mira!

Desde la obscuridad vieron en el balcón de la casa misteriosa una esbelta figura de mujer, vestida de blanco, con una magnífica cabellera rubia, suelta sobre los hombros. La aparición—tal parecía envuelta en el azul sortilegio de la plata lunar—contempló un momento la calle solitaria y después se volvió al interior de la casa, levemente, sin más ruido que el pequeño crujir de las vidrieras.

El reloj de la Universidad cantó una hora.

II

Florestán estaba en excelentes relaciones con todos los espiritistas, cartománticos, quirománticos, saludadores, astrólogos y magnetistas de todo Madrid.

A ellos acudió para penetrar el enigma de la misteriosa pianista. Se reunían los sábados—el día de Origial—en casa del doctor Saturno, un astrólogo que se anunciaba en los periódicos y cuya especialidad consistía en hacer el horóscopo de las cosas que ya habían sucedido. Todos aquellos profundos profesores se quedaron un poco perplejos.

—Puede ser un caso de materialización, como el de Kati-King—arguyó el profesor Pandolfo—. Ya saben ustedes que se trataba de una joven india, muerta hacía mucho tiempo, que ofrecía el aspecto de una persona viva. Durante dos años fué vista y *tocada* por los experimentadores amigos de Williams Crookes...

—Kati-King no era un espíritu humano: era una sílfide perversa que vino á confundir á aquellos sabios—gritó el profesor Avernino, á quien ponían nervioso los espiritistas—. Es una paparrucha creer que los muertos vuelven. Los que se comunican con ustedes son los elementales. La muerte es una cosa demasiado seria para que volvamos de allí á mover veladores.

—El espiritismo conviene mejor á nuestro carác-

ter occidental. Es una ciencia experimental, mientras que la teosofía tiene más de religión ó de fábula...

—Las fábulas encierran á veces las más luminosas verdades—exclamó la única mujer que había en la reunión.

Se llamaba miss Angélica, y era una bella americana recién llegada á Europa. Pertenecía á una elevada logia de Nueva Orleans, y el profesor Avernino, tan orgulloso siempre, le daba frecuentes muestras de respeto. Era una magnífica belleza rubia. Florestán aprovechaba todos los instantes para devorarla con los ojos, á pesar de la grave concurrencia con quien se hallaba. El diablillo de la sensualidad no perdió ocasión de inquietar al aprendiz de teósofo.

Luis Florestán admiraba al profesor Avernino. Era un hombre de edad indefinida—un poco parecido á Cagliostro—, al que se atribuían grandes poderes de magia negra.

—Los espíritus elementales de la naturaleza son los amigos de los *mediums* del espiritismo, cuando éstos no cuentan sencillamente infundios de su loca imaginación de histéricos, las novelas del subconsciente de que habla Grasset. Hay otros elementales artificiales creados por las malas pasiones de los hombres. Son los espíritus obsesores del juego, de la lujuria, de la embriaguez y muchas veces la musa roja de esos asesinatos sin causa, absurdos, en las tabernas, en los meretricios ó en las encrucijadas las tremendas noches de sábado. Crean ustedes que son enemigos muy peligrosos, porque nos dominan desde su verdoso ambiente de acuario, invisibles á nuestros ojos humanos.

—Pero usted los ha domado, querido señor Avernino—dijo Florestán.

—Siempre hay que estar vigilante; pero no me

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

pueco quejar de ellos. Son buenos amigos míos —añadió con una fría sonrisa enigmática.

—Son los ejecutores del brujo y tienen la llave del milagro—agregó miss Angélica, mirando al profesor con la llama penetrante de sus ojos dorados.

—¿Y qué opinan ustedes de la aparición de la calle de la Cruz Verde? Yo he leído que hay casas muy viejas visitadas por sus antiguos habitadores, que vienen á cumplir una expiación—siguió Florestán—, y dan golpes y tocan instrumentos invisibles..., hasta que se manda decir una misa por su alma...

Avernino sonrió.

—Usted, ante todo, es un poeta y un novelista. Algo extraño hay, efectivamente, en este suceso; pero su imaginación colabora excesivamente.

Es inútil decir que aquella noche Florestán se dedicó á rondar la casa.

Pasaron varias horas misteriosas sin que oyera sonar la voz del piano. Ya de madrugada dos hombres avanzaron y se detuvieron ante el portal. Florestán les espió desde la sombra. Le pareció que había sido visto y que hablaban de él. Oyó un pedazo de su conversación, pero no pudo comprender nada, porque hablaban en un idioma extranjero. Abrieron la puerta y desaparecieron en el interior.

El asunto tomaba otro aspecto inquietante. ¿Quiénes eran aquellos visitantes nocturnos? ¿Serían fantasmas ó personas de carne y hueso? La historia de la aparición perdía su interés sobrenatural. Era una mujer, seguramente, pero una mujer muy bella, contemplando á la luna, con su traje blanco como de nube.

Había que indagar al día siguiente. De repente se oyó el crujido de la vidriera y una voz de mujer —una voz que él había oído en alguna parte—susurró con voz muy sigilosa, apenas perceptible en el silencio nocturno.

—Márchese en seguida de aquí. Se está usted jugando la vida por una fantasía de poeta.

Florestán se estremeció.

—Muy pronto sabrá todo lo que quiere. Mañana, tal vez. Pero yo le ruego que ahora desaparezca. Dentro de cinco minutos sería tarde.

La voz era muy dulce y muy acongojada. Florestán obedeció. Al doblar la esquina volvió la cabeza con un poco de inquietud.

III

Al día siguiente, Florestán recibió una carta. Era un sobre violeta, largo, elegante, perfumado.

«Sé quién es usted. Sé que es un escritor de talento y sobre todo de imaginación, don creador de los poetas, clarividencia de ciertas almas que ven lo que existe fuera de la vida física. Está usted enamorándose poco á poco de un fantasma... que nunca podrá ser realidad. Yo le quiero bien. Podemos ser buenos amigos. La mujer maravillosa—el espíritu que toca el piano—le ofrece una amistad de alma á alma. Pronto tendrá más noticias mías. La conseja de aparecidos se ha disipado; pero como sé que ama usted el misterio, le digo que es muy peligroso para usted pasar por la casa cerrada de la calle de la Cruz Verde.»

—¿Qué te parece, Perulia?

—Que sigue siendo un asunto extranatural. Esta mujer te conoce bien; parece que tiene el poder de leer en tu pensamiento. Confieso que estoy muy intrigado. Ayer estuve haciendo indagaciones en la calle. Los vecinos dicen que la casa está deshabitada. La puerta no se ha abierto ni tampoco los balcones. Cuando les dije que *alguien* tocaba el piano en esa, noté que me miraban con desconfianza y cortaban la conversación. He querido preguntar á la portera...

—¿Y qué?

—Ha sido imposible. Es una vieja sorda y tullida con la que es imposible entenderse. Vive gra-



cias á las sobras de un restorán económico que hay enfrente.

—¿Quién le lleva la comida?

—Un criado, y á veces la misma dueña del figón, que es una excelente mujer y conoce á la vieja desde hace muchos años. Tiene en su poder la llave del

portón, y yo he pensado que hay una manera de entrar en esa casa.

—¿Cuál?

—Substituir al mozo del figón que lleva la comida. La Marta, la tabernera, es amiga mía. En su casa sirven el mejor cordero á la bretona de todo Madrid y un *entre-côte* con una fuente de patatas como una plaza de toros...

—¡Perulia, que te extasías!

—Perdóname. Mi estómago agradecido quiere hacer el elogio de la Marta. Ahora bien; ¿te atreves tú á entrar en esa casa misteriosa?

Florestán vaciló.

—¿Tienes miedo?—Bueno; pues entraré yo. Mañana por la noche te diré lo que he visto.

Florestán no pasó en todo el día por la casa. Pero por la noche no pudo resistir más y se apostó en su acostumbrado escondrijo. A poco rato vió á un hombre mal vestido que, tras de mirar á lo largo de la calle, sacó una llave del bolsillo y penetró en la casa. Media hora más tarde llegaron otros tres individuos.

—Es extraño. ¿Qué vendrá á hacer esa gente á estas horas?

Por la esquina de la calle de la Luna aparecieron dos sombras.

Avanzaban lentamente. Eran dos hombres. Uno de ellos, alto, fuerte, rasurado, pulcramente vestido. Parecía tener más de cincuenta años. Florestán le reconoció como uno de los individuos que hablaban en un idioma extranjero, una de las noches pasadas.

Cuando llegaron frente á él, se detuvieron, hablaron en voz baja y cruzaron resueltamente la calle. Florestán sintió sobre sus ojos una mirada fría, metálica, violenta. Los dos hombres se detuvieron un momento, para mirarle bien, como para

retener su rostro en la memoria; después volvieron á cruzar la calle y se metieron en la casa.

Florestán no era cobarde, pero recordó la advertencia de la carta. Se alejó pensando en la posible realidad de un peligro. ¡Aquel hombre alto le había mirado de un modo!...

Durmió mal. Mil conjeturas fantásticas bullían en su imaginación. En el primer correo llegó una carta violeta, elegante, perfumada.

«Es usted un niño caprichoso é incorregible. ¿Por qué se ha pasado la noche delante de mi casa, cuando yo se lo había prohibido? Sé que mañana sería tarde y caería sobre mi conciencia lo que á usted le ocurriese. Esta noche, á las ocho, esté en la iglesia de San Luis. Adivíneme usted entre las devotas. No piense en una aventura galante. Va á conocer á una mujer un poco extraña que le quiere bien, pero que jamás será suya.»

Florestán estaba radiante. Se vistió con el mayor cuidado. Se miró al espejo. Algo gastado estaba, pero todavía podía pasar. Algunas canas brillaban en sus sienes, pero las canas á los treinta años son un atractivo para las mujeres románticas. «¡Ah, estos hilos de plata! ¡He sufrido tanto por una mujer que era menos bella que usted!» Un amador con las sienes un poco canas y unas ojeras profundas es un tipo interesante para las damas sensibles. Son el blasón del amor, la leyenda de galanía, las ruinas de muchas noches de torbellino, la ceniza de las grandes hogueras del Deseo. Representan experiencia, sabiduría en el querer. «Dice que nunca será mía; bien. Todas dicen lo mismo. Cuando una mujer nos concede una cita, ya se nos ha entregado espiritualmente.» Florestán tenía petulancia de conquistador, flaqueza ridícula en la que caen hasta los hombres más inteligentes. Son ellas las verdaderas conquistadoras.

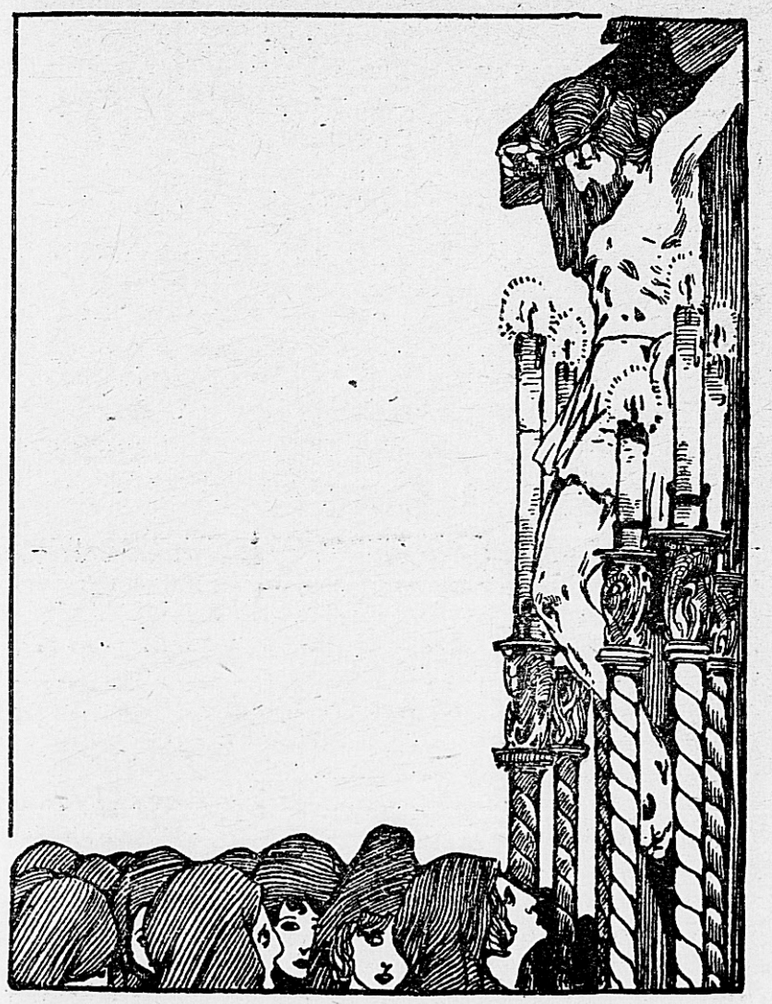
Deseaba ardientemente que llegase la hora de la cita. Se fué al café. Pasó los ojos por todos los periódicos sin enterarse de nada. Estaba nervioso. «¿Será muy hermosa?» La noche que la vió en el balcón le pareció una bellísima figura. La vió muy vagamente. Era muy rubia y muy esbelta. Pero no sabía cómo tenía los ojos, esa luz espiritual que da la suprema belleza al rostro.

A media tarde llegó Perulia.

—Chico, poca cosa tengo que decirte. He llevado la comida á la vieja, con mi gran mandil verde con rayas negras. Hay una escalera muy obscura. Todo está cerrado. Ni un rumor en toda la casa. El piso principal—el único—tiene dos puertas á dos escaleras distintas. Apliqué el oído á la puerta, durante diez minutos; miré por la cerradura; todo negro. Da la impresión de que no hay nadie, y sin embargo... Quise interrogar á la portera, pero esa vieja es un poste: sorda, tullida é imbécil. Una sola cosa he podido observar. Desde el rellano de la escalera, donde hay un ventanuco, se domina una ventana del piso misterioso. Me ha parecido ver una habitación con unos aparatos de cristal y de metal blanco, cuyo uso desconozco. Al fondo se veía una librería de nogal. Yo he pensado en el gabinete secreto de un alquimista. Pero me parece absurdo que en el siglo xx exista aún esa especie de locos. Los alquimistas de hoy son los combinistas de la ruleta, que, como sus abuelos de la Edad Media, en vez de fabricar oro se quedan sin la poca plata que tenían.

Florestán le contó á Perulia que la dama misteriosa le había citado para aquella noche.

—¡Entonces para qué preocuparse de más! Esta noche tú dormirás con ella en la casa misteriosa, y mañana me contarás el secreto, que te confieso que ha llegado á hacerme perder el apetito, aunque te parezca una hipérbole. Mañana será un nombre más



en tu historia de hombre galante. ¡Feliz tú! A mí no me quiere ninguna mujer.

—¡Perulia, melancólico!

—Sí, debajo de este quintal de grasa tengo un alma sensible y enamoradiza. Soy un bólido muy sentimental que querría armonizar el amor con la culinaria. Yo acabaré haciendo versos tristes, como tú, á ver si así me hacen caso las señoras.

Las últimas dos horas de espera se le hicieron interminables.

—¿Cómo será? ¿Cómo tendrá los ojos? ¿Tendrá unas manos bonitas? Es una señal de aristocracia. ¿Será casada? Las casadas me gustan poco. Engañar á un esposo es un sainete demasiado manido si no acaba en tragedia. Además, que el verdadero cornudo es el amante. Yo no puedo pensar tranquilamente en que una mujer que me interesa puede estar acostada con otro señor, aunque sea en el sacrosanto lecho conyugal. Es una porquería. ¿Será una aventurera ó una hija de familia que se haya enamorado de mí como escritor? ¡Qué vueltas dan las cosas! ¡Y yo que creí que era una aparición sobrenatural! Tiene razón Perulia: tengo que refrenar esta imaginación. Pero esta mujer es muy extraña. ¿Cómo sabe que yo la suponía un ser del otro mundo habitante en una casa embrujada? ¡Tengo unos deseos de que llegue la hora!...

El templo de San Luis estaba lleno de fieles. Se oía, de vez en cuando, la salmodia de los ciegos del atrio. Cada vez que se abría la puerta llegaba el rumor de la calle como una onda bulliciosa. En el púlpito, el clérigo retumbaba su oratoria campanuda. Los cirios se consumían ante las imágenes con un temblor de oro. Los Cristos lívidos, ensangrentados, traían una evocación lúgubre de los autos de fe. Olía á incienso y crujían de continuo, como un rumor acariciante y turbador, las sedas femeninas. Al sahumerio se mezclaba un olor lujurioso de carne de mujer y de perfumes galantes. Los ojos llameaban bajo las mantillas. Un rezongar de rezos era como el acompañamiento de la sombría predicación.

Ante el Cristo de la Fe, donde ardían muchas luminarias, se prosternaban las más bellas devotas. Es el Cristo de las madres atribuladas; el Cristo de las novias, de las hermanas y de las esposas. Las lámparas de la ilusión, del dolor y de la esperanza arden día y noche ante este altar.

Florestán quería *adivinarla* entre aquel bello enjambre. Sentía una viva emoción ante cada nueva devota. ¿Será esta? Una mano femenina le tocó en el brazo. Era una arrogantísima dama vestida de terciopelo negro.

—Sígame.

Cruzó el templo y se detuvo junto á la puerta del presbiterio. La llama dorada de los cirios le aureolaba el rostro. Florestán murmuró arrobado:

—¡Miss Angélica!

El órgano retumbaba la majestuosa armonía de sus tubos metálicos. La feligresía alzó el clamor de sus preces. Los ciegos del atrio salmodiaban—como un eco—sus cuitas pedigüeñas...

IV

Pocos días después hubo reunión en casa del doctor Saturno. A la salida, Florestán se brindó á acompañar á la americana. Se perdieron por las encrucijadas del viejo Madrid.

Los sentimientos de Luis Florestán habían cambiado notablemente. En la primera conversación comprendió que aquella mujer no era una caprichosa ni una conquistable. Había algo severo al par de dulce que irradiaba de su belleza. Y siempre estaba rodeada de un halo misterioso.

—Veo que le intereso como tipo novelesco. Una muchacha que le da una cita y que pasea con usted sola por las calles después de la media noche. Las mujeres de mi país tenemos más libertad que las españolas. Mi padre tampoco tiene preocupaciones burguesas. Puedo entrar y salir como se me antoje.

—Y ¿me puede decir por qué hay un peligro de muerte en rondar su misteriosísima casa?

Miss Angélica respondió con tristeza:

—Yo le ruego que sea discreto y no me pregunte nada. Es un secreto que no me pertenece. Pero tenga por cierto que una noche aparecería usted muerto sobre las baldosas de la calle. ¡Y eso sería horrible para mí!

—¿Algún galán celoso, tal vez?

—Oigame bien. No tengo ningunas relaciones de amor. No debo tenerlas. Mi pasión, mi ilusión suprema, es la gran religión de la fraternidad hu-

mana y del desenvolvimiento espiritual. Soy casta como mi maestra Blawastky. Ningún hombre conseguirá besarme una mano. Para realizar la gran obra hay que domar la bestia de las pasiones y saber remontarse sobre esta sima negra donde la carne se retuerce como las endemoniadas medioevales. Es preciso trascender el sexo y no oir la voz encantadora de la serpiente.

—Es usted demasiado hermosa. Constantemente la seguirán las llamas del deseo. Todos los hombres que la encuentren al azar la poseerán con la imaginación.

—Esta maldita belleza mía me hace más escabroso el sendero. Mi triunfo será mayor.

—Pero resistir al amor es una violación del instinto natural.

—El espíritu vale más que el instinto. El sexo, que es ardor y placer, crea el dolor.

—Las mujeres han sido hechas para purificarse por las sublimes desgarraduras de la maternidad.

—Prefiero ser ángel á ser mujer. ¡Quién sabe —añadió con una voz de misterio—en cuántas vidas remotas habré cumplido ese cruento sacrificio de crear una vida! Soy un alma muy antigua y ya estoy fatigada de tantos éxodos. ¡No quisiera volver!

—Es usted una divina visionaria.

—Usted presiente que hay una vida superior. Yo estoy segura. Con mi padre estuve en las faldas del Líbano. Allí viven los drusos, una secta pura de iniciados. Ellos me abrieron la puerta de un porvenir eterno y luminoso.

—Su padre, ¿también es teósofo?

—Mi padre es un místico... que no cree en Dios. Ama á la Humanidad y es el apóstol ferviente, la voluntad indomable, el verbo de una trágica religión, que él llama de la Justicia y del Amor entre

los hombres. Mi padre es un alma sublime, ardiente de sacrificio. ¡Quién sabe si tendrá que cumplir un destino glorioso ó trágico! Yo he heredado toda su energía espiritual y la visión del más allá... y la voluntad para la abnegación. Su ideal es rojo; el mío es azul purísimo, como los rompimientos de gloria de las pinturas místicas. Ahora, separémonos... hasta otro día.

—¡Hasta mañana!—exclamó imperativamente Florestán—¡Necesito verla á usted todos los días!

—Sea. Sé que es usted un gran espíritu que está perdido en este laberinto de sombra. He leído sus libros y he visto que tiene una poderosa inteligencia. Quiérame; se lo consiento. Yo seré como una hermana mayor. Puedo tener una gran influencia en su vida, si me obedece. Acaso nos hemos hallado en el camino para algo grande en el bien ó en el mal. ¡Quién lo sabe!

V

El profesor Avernino estaba de muy malhumor. Todos los periódicos le censuraban por un libro que acababa de publicar. Le acusaban de charlatanismo y de superchería. Un caricaturista le dibujó con cucurucho estrellado y caballero en una escoba. Había sido un escándalo, un terrible fracaso para su satánica vanidad de hombre de ciencia—de una ciencia abstrusa y tenebrosa acaso...— Florestán le admiraba grandemente y le prometió hacerle una calurosa defensa en su periódico.

—¡Oh! ¡Cómo se lo agradeceré, amigo mío! Desmiéntales; diga que son unos ignorantes y unos imbéciles. Que no se han enterado de nada de mi libro. ¡Periodistas estúpidos! Me han puesto en ridículo, á mí, que soy un mártir de la ciencia, un verdadero Cristo de esta religión de la sabiduría. ¡Brujo! ¡Me llaman brujo! ¡Ellos qué saben!—y sonreía de un modo siniestro—¡Pobres de ellos si yo fuera lo que se dice!

Florestán insinuó humorísticamente:

—Dice mucha gente que es usted muy amigo del Diablo.

El profesor Avernino, que daba grandes trancos por la sala, se paró en seco.

—¡Acaso haya en ello más verdad de lo que se cree ese vulgo *ilustrado* que me escarnece! Pero no quiero hablar más, porque ya conoce usted el sentido mágico de estas palabras: *Hay que querer, osar y sobre todo callar.*

—¿Pero me habla en serio, querido profesor?

Avernino replicó, centelleantes los ojos de ira:

—Hágame esta defensa de mi libro, que es el fruto de veinte años de trabajo. Y no olvide que puedo ser un amigo precioso en algunas circunstancias críticas. ¡Cuando usted quiera ardientemente, locamente, alguna cosa *humanamente imposible*, venga usted á verme!

Tres días más tarde se publicó un magnífico artículo de Luis Florestán, en defensa de la obra del profesor Avernino. Fué un enorme éxito literario. Cuando alguien le felicitaba, Florestán decía sonriendo:

—Me parece que con este artículo he firmado un pacto con el Diablo.

Desde hacía un mes se veía diariamente con miss Angélica. Recorrían los barrios solitarios á la hora del crepúsculo ó los jardines propicios á los enamorados. Por las mañanas solían visitar los museos, donde la muchacha asombraba á Florestán por su sensibilidad artística y por su vasta cultura. De todo podía hablar profundamente con conceptos superiores y recónditos. Constantemente parecía una iluminada. La quería y le inspiraba un extraño respeto. Hablaban siempre—sin esas lagunas de tedio ó estupidez de la gente vulgar—como si las almas se quedasen de pronto vacías. Llegaron á tutearse *como dos hermanos*. Era una mujer inaccesible, tormento de los donjuanes más audaces. Parecía protegida por una atmósfera singular de serenidad y de dominio de las otras almas. Avernino, el orgulloso satánico, había dicho de ella:

—Es, sin duda, una criatura superior y misteriosa. Acaso sea una yoguina...

Ella solía tratar al profesor con una altivez serena, como descendiendo, tal una fabulosa empe-

ratriz dignándose saludar á un apestado. Daba la limosna de sus palabras como una joven diosa.

Y diosa era por su belleza, tormento horrible y deleite inefable del poeta. Miss Angélica tenía toda su espiritualidad reconcentrada en los ojos. Era una mirada de oro líquido que fluía de sus pupilas de una diáfana serenidad. Nunca se conturbaba su azul con la llamarada turbia de ningún deseo. Pero por una contradicción diabólica, aquellos ojos de éxtasis místico ardían en la carne más encendedora de concupiscencias. Era un alma càsta, excelsamente límpida, encerrada en un cuerpo magnífico de sensualidad. Era alta y rítmica en el andar, con una carnación azulada, mórbida y ondulante. Su boca pura, que no había besado jamás, parecía un ascua de lujuria, labios encendidos y voraces de insaciable, de donde emanaba una fragancia caliente y conturbadora. Sus pechos salientes, erectos, tenían un sortilegio irresistible, y sus flancos, que no sentían el imperativo de la especie, se arqueaban macizos y armoniosos. Desnuda debía de ser la suprema belleza clásica, la belleza del eterno femenino, con toda la fascinación genésica, con todo el encanto de las sirenas del pecado. No hubo nunca mujer que ejerciese mayor fascinación carnal. A su paso por todos los países, todos los hombres sintieron el fuego del infierno correr por su sangre. Eternamente estaba rechazando las furias desatadas del espasmo, protegida por una armadura ideal y por la espada de diamante.

Florestán se sentía subyugado por aquella mujer. Quería respetarla, aceptar aquella dulce confianza fraternal que ella le ofrecía. Pero era imposible. De aquella carnal y magnífica escultura fluía como un aroma desconocido de irresistibles voluptuosidades. Era la imagen viva de la hembra triunfadora, la que enciende lúbricas alucinaciones en el

sueño eremítico de los santos, la que detiene el carro triunfal de los héroes, la que hace que los dioses desciendan de los cielos y renuncien á la inmortalidad por la raza de Venus. La diosa mágica, deslumbrante, del imperio de las sombras, donde aúllan los suicidas por amor, los frailes poseídos que flagelan sus carnes amarillas, los adúlteros y los invertidos, y los violadores y sacrílegos, y los incestuosos y los necrofílicos. Era la luminosa emperatriz de un país espiritual de tinieblas.

—Es mi destino horrible ir levantando huracanes de pecado. Soy un alma de santa en el cuerpo de una cortesana—añadía sonriente—. Yo sé que tú me deseas como todos los hombres.

—Sí, es cierto: me abraso en tu hermosura. Esta pasión es superior á mi voluntad. Quiero respetarte y quererte como á una hermana. ¡Oh! ¡Si tú fueras verdaderamente mi hermana también!...

—¡Calla! ¡Calla, por Dios!—gritó miss Angélica, trágicamente pálida.

—¿Por qué he de mentir? ¡Si fueses mi hermana, daría... hasta la vida por poseerte una vez!

—Yo puedo oirlo todo serenamente, hasta las más horrendas abominaciones. Yo te quiero mejor, pobre loco; yo te quiero por miles de años. Tu amor es la llamarada de un momento.

—Por besarte en los labios, por sentir la tibieza de tus pechos desnudos, yo daría la condenación eterna, ese abismo de tinieblas por miles de siglos de que habla el siniestro catolicismo.

—Lo sé. Llegarías á que tu alma se fundiese en la nada. Yo quiero llevarte de mi mano al resplandor de Dios.

Florestán sufría un tormento espantoso, sin ninguna esperanza. El pobre conquistador de mujeres se encontraba ante la mujer inaccesible. La amaba profundamente, con un amor cumbre, un



sentimiento de los cielos y una llama del infierno. Vivía en una órbita de pasión extenuadora. En las horas de furiosos retorcimientos de deseo, una voz misteriosa que oía dentro de sí le aconsejaba los propósitos más audaces y disparatados.

Después de una noche de infierno, se decidió:

—Sí. Será mía... á la fuerza, aunque tenga que matarme después. No es difícil hacerla tomar un brevaje que la produzca un sueño letárgico... Y entonces...

Y lanzó un aullido de fauno victorioso.

Tenían proyectada una excursión á Avila, la única ciudad española histórica que no conocía miss Angélica.

Salieron en el primer tren. Pasarían el día en el relicario de la Santa y volverían á la fecha siguiente.

Durante el viaje hablaron del pasado de Angélica.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Siempre he estado con mi padre recorriendo el mundo. Había tenido una gran fortuna que se gastó en fundar escuelas y en asilos para trabajadores ancianos. Mi padre es un gran espíritu. Nació en España, pero vivió mucho tiempo en Rusia, donde el diario espectáculo de injusticia y de crueldad exaltó su alma de apóstol. Sufrió persecuciones infinitas y estuvo á punto de ser deportado á Siberia. Afortunadamente, yo *podía mandar* sobre Gregorio Rasputin, que era el amo del Imperio, y esto le salvó.

—¿Has conocido tú á Rasputin?—preguntó el escritor, asombrado— Era un hombre interesante, ¿verdad?

—Sí. Se ha dicho que era un farsante, y eso no es cierto. Un falsario, un embaucador vulgar no puede hacer lo que él hizo. Era un iniciado perverso que murió violentamente, como era fatal... Des-

pués fuimos á Rischmond, donde está enterrada mi madre. De allí nos expulsaron como extranjeros perniciosos. Esta vida errante, perseguidos, acosados, exasperaba á mi padre. Es un romántico, un inadaptable. Sus amigos son los tristes, los fracasados, los perseguidos de todos los países por donde vamos. Es un Cristo rojo. Ya sabes bastante. Vinimos á España este año y nos refugiamos en esa casa, que es nuestra, y que tenían cerrada desde hacía mucho tiempo. No quiere que nadie sepa nuestro refugio. Necesita descansar de una lucha muy larga y muy cruenta. Este es el misterio—naturalísimo—de la casa cerrada que de modo tan novelesco inflamó tu imaginación.

Habían llegado á la austera ciudad de Blasco Jimeno. Mientras avanzaban por el recoleto jardín de San Antonio, Florestán preguntó:

—¿Viviste mucho tiempo entre los monjes drusos del Líbano?

—Cinco años. Son mis maestros, mis amigos, mis instructores. Ellos fortalecen cotidianamente mi alma; ellos me iluminan todas las noches durante el sueño. El sendero iniciático es tremendo.—Y añadió con una voz húmeda de llanto—: Si no fuera por ellos, acaso no hubiera tenido fortaleza y te hubiera amado como tú quieres...

Las nobles piedras de la muralla parecían de oro bajo el azul intenso. Algunas mujeres de pueblo, con pomposos zagalejos y sombrero de paja rizada, con la piel tostada y los ojos llameantes, se cruzaron en su camino.

Un grupo de intérpretes y de cicerones les rodeó:

—¡Hotel Inglés!

—Hotel-Jardín.

—Fonda Española.

Se decidieron por el Hotel-Jardín. Después de comer salieron á recorrer la ciudad. Calles solita-

rias con nobles mansiones é iglesias derruídas. Conventos y conventos. Constante y melodiosa orquesta de campanas monásticas. Siluetas de clérigos por las plazas vetustas, en un hondo silencio, con árboles esqueléticos y jaramagos entre las baldosas. A lo lejos, un río mezquino, al pie de un fantasma de Sierra y la llanura parda y enorme del Valle Amblés. Junto al río, un hospitalillo sórdido y el hacinamiento de casucas miserables del barrio de las Vacas.

Frailes blancos, frailes negros, frailes pardos, cruzaban bajo los arcos como fantasmas de otros siglos. Visitaron el claustro de Santo Tomás; vieron el báculo, las sandalias y una espantosa reliquia —el dedo incorrupto; sanguinolento, sarmentoso de Santa Teresa de Cepeda, la monja sabia y andariega, como la llamó el virulento fray Villacastín—. Entraron en la iglesia de las Gordillas, donde un coro de viejas voces gangueaba tras de las celosías. Fueron á la maravillosa Catedral románica, en absoluta soledad. Después vino un hombre vestido de rojo, que era el guardían del templo.

—¡Qué gran paz hay aquí!—murmuró Florestán.

Una onda de dulce religiosidad le invadió el alma, haciéndole arrepentirse de los siniestros propósitos de violencia y de lujuria. La luz penetraba por los vitrales policromados de asunto místico.

El hombre rojo les seguía de cerca. Intentó explicarles los maravillosos tesoros de arte de la Catedral. Le dieron unas monedas y prescindieron de sus servicios.

Se abrió la gran puerta y entraron, sigilosamente, muy juntos, una mujer bella y un capitán. Florestán sintió la curiosidad de la mujer desconocida, contempló codiciosamente su cuerpo gallardo, envuelto en un adusto traje de devota.

—Ya están aquí éstos—gruñó el hombre rojo—.

Tendré que advertir al señor doctoral. ¡Hay mucho vicio en esta ciudad! Ahora se pierden por el claustro de los antiguos canónigos reglares. ¿Comprenden ustedes? Como no hay nadie, ¡sabe Dios lo que harán!... Vienen todas las tardes. Ayer les sorprendí besándose. ¡Qué desvergüenza, padre mío! ¡Ya no hay respeto ni á la casa del Señor!

Y el viejo se marchó espiando entre las columnas á la sacrílega parejita.

Florestán sintió como un latigazo en todo su ser. El fuego del infierno corría súbitamente por sus venas. El también era un sacrílego y un profanador del sagrario espiritual de aquella extraordinaria mujer. Y envolvió su magnífica y rubia belleza en una mirada de infinito, de angustioso deseo. Como una oleada inefable saboreaba el exquisito, el alucinante, el tremendo sabor del pecado; las deliciosas turbaciones de la tentación, placer supremo sólo reservado á los santos, y oía la risa de Satanás, retumbando por las naves seculares, sobre los sepulcros de los arzobispos, de los monjes edificantes y de los siniestros caballeros cristianos, que durante muchos siglos dieron su sangre por la causa de la Fe. Sobre sus huesos, un capitán galanteador y una bella caprichosa cantaban en aquel instante el himno pagano y victorioso de la vida.

Florestán sentía un temblor interno, largo, de espasmo y de epilepsia. Comprendía que aquello era anormal, que en su alma tomaban cuerpo las horribles gárgolas que ornaban los capiteles de aquella catedral de maravilla, excelsa plegaria de piedra, encarnaciones siniestras de las ansias abominables, impuras y satánicas, los horribles seres que pueblan nuestra atmósfera pasional, cuya existencia real le aseguraban todos los libros de Leadbeater, el misterioso y visionario visitante de los planos astrales. Surgían de las cavernas tenebro-

ras del alma y atarazaban su carne enferma y calcinada por la pasión. ¡Su espíritu delirante encendía las tremebundas teas de la condenación eterna en el ara de la lujuria, la Emperatriz siniestra del mundo, Nuestra Señora del Infierno!

Cuando salieron de la Catedral, el crepúsculo enrojecía las nobles piedras vetustas del arco de Doña Guiomar y hacía de oro vivo las vidrieras del lejano castillo de *Aunque os pese*

VI

Tras de una cena frugal, miss Angélica se acostó. Florestán, eterno trasnochador, salió á vagar por la ciudad desconocida. En la plaza del Mercado Grande tuvo un feliz encuentro. El profesor Saturno, doctor en Astrología judiciaria, leía un grueso volumen ante la mesa de un pequeño café provinciano.

—He venido á buscar un raro volumen de magia escrito en latín en el siglo XVI por un carmelita de esta ciudad. Es interesantísimo. Hay un capítulo que me ha recordado á Blawastky y una historia alucinante que me contó Avernino.

—Cuente, querido doctor.

—Usted seguramente conoció personalmente á Julio Rigo, el gran novelista erótico. Ya sabe que Rigo, antes que escritor, fué militar y cayó acribillado á machetazos en la última guerra de Cuba. Le abandonaron creyéndole cadáver. Realmente parecía imposible que pudiera haberse salvado. Pues Avernino sostiene la teoría un poco extraña de que Rigo murió en aquella ocasión, pero los espíritus elementales se apoderaron del cuerpo muerto, le galvanizaron, esto es, le infundieron una corriente pránica, que es el agente de la vida universal. El alma de Rigo había volado ya á otros planos de la vida superior; pero las terribles larvas que le vivificaban le dieron su propia inteligencia. Vi-

vían dentro de aquel cuerpo y fué más tarde el instrumento material para realizar una labor literaria tan impura y pervertidora como la suya. Alcanzó grandes éxitos de librería y tuvo millares de lectores de sus enfermizas narraciones. Cuando el mal estuvo hecho y sus libros quedaban en el mundo como apestoso contagio de todas las aberraciones genésicas, le infundieron la idea del suicidio. Y aquel cuerpo que debía estar enterrado hacía veinte años, fué por fin al cementerio.

—Todo esto me parece un cuento espeluznante y disparatado. Esas cosas no pueden decirse en serio.

—La Maestra cuenta una cosa parecida. Y este libro lo prueba perfectamente. Muchas veces el alma se ausenta del cuerpo y las larvas que acechan se aprovechan del vacío para colarse en un ser. Y se dice: «Fulano se ha vuelto loco de repente.» Fíjese usted en que son seres que tienen ansia de vivir una existencia material para poder realizar todos sus tenebrosos deseos. Hay también casos de *embrionat,* en que el alma de una persona recién fallecida se apodera de un cuerpo vivo por su afán de volver á vivir en el plano de la materia ó para libertarse de los horrores de la putrefacción á que forzosamente tenía que estar sujeta, dentro de su antiguo cuerpo.

En la plaza arcaica y provinciana la voz sonaba como un eco de los viejos siglos de superstición, de hechicería y de autos de fe.

Florestán estaba preocupado.

—Acaso tenga usted razón... ¿Qué sabemos del misterio de esos ambientes invisibles que nos rodean?

—La clarividencia es una expiación, es un tormento. Los ojos visionarios ven monstruos inconcebibles. cascarones erráticos, vampiros que exte-





núan á los seres vivos. En muchas sepulturas se han encontrado manchas de sangre fresca.

—¿Usted lo ha visto?

—Yo lo he leído, al menos. Es lógico, con una lógica abstrusa para el vulgo. Pero no olvide usted que esto es verdad.

Se separaron.

Cuando llegó al hotel, Angélica dormía. Sus habitaciones estaban inmediatas. Se acostó y apagó la luz. ¿Se atrevería á realizar su audaz propósito? Era una canallada, una cobardía. Pero, ¿y la delicia suprema de acariciar hasta la maceración aquel hermoso cuerpo desnudo? Pasó una hora. En la obscuridad del cuarto flotaban imágenes encantadoras y torturantes. De vez en cuando la oía cambiar de postura en el lecho, la escuchaba algún suspiro y creía percibir el ritmo de su respiración. Pensó en la fuerte fragancia de sus rubios cabellos desmelenados sobre la almohada, en el sabor de su boca encendida como una brasa del infierno. ¡Oh! ¡Poder besar aquellos labios, hundir los dientes en aquella pulpa afrodisíaca, hasta que brotara la sangre y absorberla en un espasmo infinito! ¡Y sus pechos desnudos sobre los encajes, con los pezones punzadores palpitantes bajo su boca en el frenesí de la violación!...

Se levantó y abrió la ventana. Una racha de viento le azotó el rostro. De la Sierra de Gredos descendía la tempestad. Un rayo zigzagueó sobre las murallas.

El olor denso y eléctrico de la tormenta acabó de enloquecerle. Abrió la puerta. Silencio. Dieron las cuatro de la madrugada. Escuchó... Ni un solo ruido. Levantó el picaporte del cuarto de Angélica. Por la ventana entraba un resplandor cárdeno. Se acercó. Dormía dulcemente. Una mano pendía fuera del lecho. Los senos palpitaban con el ritmo

de la respiración. Su augusta belleza yacente parecía de mármol. Un vaho fragante y caliente ascendía de su cuerpo. Bajo las ropas se modelaban los muslos enérgicos y los flancos de amazona. Florestán, envuelto en el sortilegio sensual de la hembra magnífica, se arrojó sobre ella, con un salto de tigre. Miss Angélica dió un grito que rasgó la noche. Y con una agilidad y una fuerza insospechables se deslizó de entre sus garras lujuriosas y dió la llave de la luz. Florestán la vió como un relámpago, toda desnuda, mientras se envolvía en su abrigo de pieles. Quedó erguida ante él, pálida, trágica y serena, como una divina estatua. Del bolso del abrigo sacó un lindo revólver. Florestán, inmovilizado, comprendía que estaba vencido y se avergonzaba de su indigna violencia.

—¡Perdóname! Soy un miserable; merezco tu desprecio, ¡pero te adoro frenéticamente! ¡Tú, la mujer de hielo, no sabes lo que es este suplicio, esta hambre, esta sed de ti, esta furia infernal en que me retuerzo! ¡Tú, la santa, no sabes el dolor de los hombres!

Ella respondió con una voz aguda, como una fulminación:

—Te perdono. Pero nunca volverás á verme. Vete.

¡Oh, eso era imposible! ¡Se mataría! El no podía vivir sin ella!

—¡Perdóname! ¡Yo viviré como un esclavo tuyo, á tus pies como un perro! Mátame, antes que abandonarme. ¡Tú eres la única razón de mi vida; tú eres el divino y horroroso amor de mi vida! ¡Por las cenizas de tu madre, yo te pido que tengas caridad, que no me dejes, porque no puedo vivir sin ti!...

Una crisis de llanto desesperado cortó su voz. Cayó de bruces sobre el lecho, gritando, sollozando, blasfemando. Ella le miraba compasiva, con los

ojos húmedos de lágrimas. Florestán se retorcía sobre la cama, que aún conservaba las huellas calientes de aquel cuerpo furiosamente deseado y se embriagaba de su perfume y se abrazaba á la almohada y besaba y desgarraba con los dientes las ropas que transcendían á ella, en una crisis epiléptica, que era al par una furia de energúmeno y un espasmo frenético é inefable...

VII

Tuvo que guardar cama varios días. Se sentía humillado, vencido. ¡Oh, el enigma de aquella alma de santa, en aquel cuerpo tan hermosamente satánico!

—Esta pasión me aniquilará. Es una mujer imposible—repetía.

¿Imposible? Un recuerdo fulminante cruzó su memoria. Pensó en el profesor Avernino, en el brujo, en el amigo del Diablo.

—*Cuando desee con toda su alma alguna cosa humanamente imposible, venga usted á verme*—le había dicho.

Bien. Había llegado el momento. Y voló á casa del profesor Avernino.

—¿Es un deseo de amor ó de odio?—le preguntó.

—De amor.

Avernino guardó silencio.

—¿Y es completamente imposible conseguirlo?

—Sí.

—Piénselo bien. Si sólo es un capricho, una pasión sensual, yo le aconsejo que renuncie. Es una ceremonia tremenda que le ligará para siempre á los cómplices más exigentes y más temibles, porque nunca verá su rostro.

—No me importa. Quiero conseguir á una mujer...

—La conseguirá. Pero contrae una deuda con sus misteriosos auxiliares. No lo olvide. ¿Quiere encadenar su alma ó poseer su cuerpo solamente?

Florestán exclamó con amargura:

—Su alma es imposible... Quiero ser el dueño de su infernal belleza, una sola noche. Pagaré con mi vida y con la condenación de mi alma, si es preciso.

—Se expone usted á la locura y á la muerte.

—Me es igual.

—Entonces yo le buscaré el sábado en su casa, á las once de la noche.

Se dieron un apretón de manos.

No había vuelto á ver á miss Angélica desde aquella horrible noche de Avila. ¿Sería verdad que al fin iba á ser suya?

* * *

Un automóvil se detuvo ante su puerta. Se asomó al balcón. El profesor le hizo señas de que le aguardaba. ¿Adónde iban? ¿A qué antro tenebroso le empujaba su locura?

Avernino le preguntó:

—¿Trae usted alguna prenda *de ella?*...

—Siempre llevo su retrato. Tengo también un pañolito suyo.

—Basta. Ahora es indispensable que usted crea en la eficacia de lo que va á suceder. Para la obra mágica es necesaria la fe. Por muy estrafalarios, por muy absurdos que sean los ritos que presencie, no dude ni caiga en la tentación de burlarse. No comprenderá nada de lo que vea. La razón fracasa, la inteligencia se rebela. No importa. Usted conseguirá su deseo y esto debe bastarle.

—¿Adónde vamos?

—Cerca de Madrid. A un par de leguas escasamente. En medio del campo hay una casa donde nos esperan. También le advierto que no puede revelar á nadie lo que va á ver. No olvide que hay *que saber callar*.

Cruzaron las calles céntricas y enfilaron las ron-

das. Florestán trató de orientarse. El Manzanares brillaba á la izquierda, á la luz de los merenderos. Se oían músicas lejanas. Reconoció la carretera de la Coruña. Al pasar el puente de San Fernando, el auto torció á la derecha. Disminuyó su marcha, porque era un camino estrecho y con muchas revueltas.

A los cien metros, el coche se detuvo.

—Apaga los faroles y espera—ordenó el profesor.

No se veía nada. Avernino exclamó:

—Deme la mano y déjese guiar. Al salir de este pedazo de bosque está la casa. Aún está usted á tiempo de renunciar á su propósito.

—Estoy decidido—replicó enérgicamente Florestán.

Salieron á un claro. En medio de una glorieta se alzaba una casa de campo. De detrás de un árbol surgió una sombra.

—Buenas noches. ¿Ha venido el clérigo?

—En el vestíbulo está todavía. Acaba de llegar.

El que así hablaba era un negro gigantesco vestido con una especie de hopa.

Entraron. El profesor saludó á un hombrecillo enlutado, de unos cincuenta años, de ojos grises y labios gruesos y colgantes. Florestán reconoció á Martín Arévalo, un cura degradado que había sufrido un proceso por actos abominables de lujuria. Estaba separado de la Iglesia y vivía haciendo panfletos contra el alto clero. Era un chantagista y un hermano en pecados inconfesables de Sillas de Raíz y del Barón de Labos.

Florestán preguntó:

—¿Me trae usted á una Misa Negra?

—Efectivamente. Va á asistir á la Misa del Diablo. Dentro de unos instantes será usted un hermano más de la Orden todopoderosa de los Tenebrarios.

Son personas inteligentes y distinguidas. Le agradarán á usted.

Desde que se interesó por las investigaciones ocultas tenía una gran curiosidad por asistir á ese rito medioeval, de locos ó de malvados. En el fondo de su alma creía poco en la eficacia de lo que pudiera presenciar. Como novelista, le interesaba bastante.

—Y este negro, ¿qué papel desempeña en la logia?

—Es el ejecutor ó el maestro de ceremonias.

Aquel hércules de ébano, de cabeza aplastada y expresión siniestra, le trajo á la memoria una secta criminal, de hechiceros de la peor especie, que cometió asesinatos espantosos y sin causa, durante la dominación española en la isla de Cuba.

—Este monstruo es un ñáñigo, seguramente.

Empezaba á preocuparse. ¿A qué siniestras reciprocidades se comprometía con el acto que iba á realizar?

El negro se acercó á Florestán.

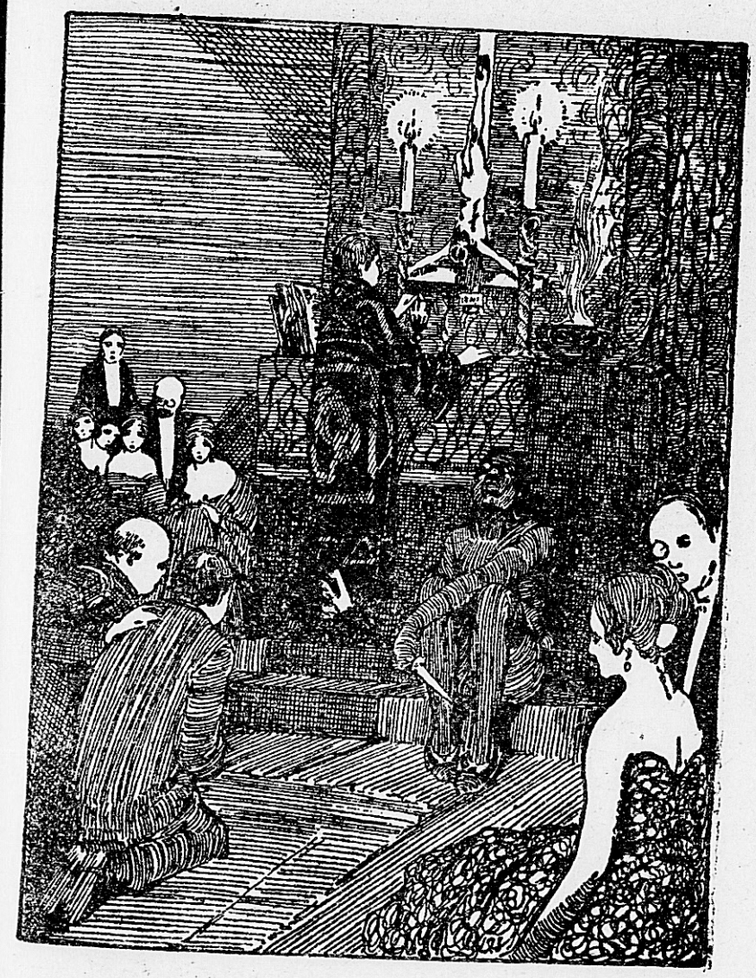
—Sígueme.

Cruzaron una larga galería. Abrieron una puerta y se encontró en una rotonda con las paredes vestidas con terciopelos negros. En el centro había un altar con dos velas de cera amarilla que goteaban sobre dos fúnebres candelabros. Era la única luz que iluminaba la vasta estancia.

—Arrodíllate—ordenó el maestro de ceremonias.

En torno de él se oía el bisbisear de muchas voces que se apiñaban en la obscuridad. Se sentía rodeado de muchas personas. Le tocaron en el brazo. Avernino estaba inmediatamente detrás de él.

Salió el cura y se hizo el silencio. Extendió el brazo y trazó un raro signo en el aire sobre su tenebrosa feligresía. El negro trajo una especie de braserillo donde ardían esencias muy fuertes. Después, sacó un puñal de entre los pliegues de su hopa y fué á acurrucarse en la grada del altar.



En el ara, entre las dos luces, había un crucifijo invertido.

En la lejanía sonaron doce campanadas.

El clérigo mascullaba latines vertiginosamente. De vez en cuando se volvía y hacía signos misteriosos. Tenía algo femenino, grotescamente femenino, en sus movimientos y su rostro afeitado, donde los ojillos grises parecía que hacían guiños equívocos. Estaba vestido de un modo singular. Se envolvía en una túnica negra con extrañas figuras jeroglíficas bordadas en seda roja. Al cuello llevaba una medalla de plomo, y en la cabeza, sobre una especie de mitra con dos pequeños cuernos, una corona de ciprés.

Florestán oía detrás jirones de voces, murmullos, y hasta creyó percibir el crujido de trajes femeninos.

El clérigo asió una gran copa de plata oxidada. Entonces el negro, con el puñal en la mano, se acercó á Florestán.

—Extienda el brazo y piense con toda su alma en lo que quiere conseguir. ¡Es el momento en que va á descender sobre nosotros el Gran Espíritu de las Tinieblas!—murmuró á su oído el profesor.

El novelista palideció y evocó con todas sus potencias el cuerpo blanco, magnífico, enloquecedor de miss Angélica.

El maestro de ceremonias le hizo una pequeña cortadura en el brazo, de la que cayeron unas gotitas de sangre sobre la copa que el clérigo sostenía de hinojos. Después se irguió.

—Has mezclado tu sangre con la negra sangre del Macho Nocturno. ¡El pacto está firmado!

Y alzando la copa aulló, con un gesto horrible, en una transfiguración trágica de su rostro de lumia.

—¡Per Adonai Eloim, Adonai Jehová, Adonai Sabaeth, Metraton Ou Agla, Adonai Mathon, verbum pythonicum, misterium salamandrae, conventum

sylphorum, antra gnomorum, daemonia coeli, Gad, Almousin, Gibor, Jehosua, Evan, Zariatnatmik, veni, veni, veni!...

Florestán sentía su imaginación impresionada por aquella extraña liturgia.

Después el clérigo vertió el contenido de la copa sobre el braserillo donde ardían las aromáticas especias. Las ascuas chirriaron, como un quejido, al extinguirse, y se alzó un penacho de humo negro que envolvió la estancia.

—Item misa est—clamó el clérigo. Y tras de hacer un amplio signo con la mano izquierda, desapareció seguido del negro por una puertecilla que había tras del altar.

En ese instante alguien encendió las luces eléctricas.

Florestán miró con curiosidad. Había hasta una veintena de personas elegantemente vestidas. Varias mujeres, bastante bellas, contestaban á los saludos con una elegancia encantadora.

Un hombre muy alto, como una gran marioneta desarticulada, se acercó adonde estaban el profesor y Florestán.

—El señor vizconde de la Peña, el dueño de esta casa y uno de los más cultos investigadores...

—¡Oh! ¡El gran Maestro me favorece excesivamente! Pasaremos al comedor. Ya están esperándonos.

Era una amplia pieza lujosamente decorada. Una espléndida mesa aguardaba á los Hermanos Tenebrarios.

Avernino le fué indicando los nombres de los invitados. Allí estaba la gentilísima condesa de la Cisterna, con su gallarda figura de amazona y sus ojos un poco estrábicos, ardiendo en extrañas fiebres sobre su rostro pálido. Cerca, su amiga, la señorita Lesbia Milani, una soprano muy notable y

muy guapa. Además del vizconde, tan popular por su enorme masa fofa y sus pujos entre aristocráticos y chisperos, le señaló á Julito Granada, el dibujante; á la señora de Ponce, la propagandista del feminismo; á Alvaro Palmer, el elegante aventurero y espadachín, eternamente joven, como San Germán; á Pedro Marinel, el poeta, del que se contaban muchas historias escabrosas, y otras personas de menos significación, pero de aspecto completamente *bien*. La bailarina María Luz, con su cabellera teñida y cubierta de piedras preciosas, vino á saludar á Florestán. Era un gran temperamento, divinamente histérica, muy inteligente y muy rara. Ella decía que era hija natural del rey Leopoldo.

La fiesta duró hasta el amanecer. Florestán olvidó la rara ceremonia de la Misa del Diablo.

El profesor tomó la palabra.

—Se encuentra usted, querido Florestán, entre la aristocracia del talento, de la sangre y de la belleza. Y también entre la aristocracia del satanismo. [illegible] tenemos todos somos rebeldes y orgullosos, porque [illegible] derecho á serlo. Lucifer es grande porque es rebelde. Queremos ser los amos de la Naturaleza y de los hombres. Todos hemos venido aquí por el orgullo de un gran ideal, de un gran deseo, de una gran ambición ó de una aberración de las que merecen anatema ó escarnio del vulgo. Todos somos triunfadores. Nuestros esclavos son los seres elementales, ciegos vasallos y ejecutores de nuestro Imperio tenebroso. Nuestra voz y *nuestro pensamiento* son obedecidos al punto. La vida, el honor, la fortuna de los demás son nuestros, de un modo misterioso, pero infalible. Fíjese bien en los poderes que acaba usted de adquirir. *No hay nada imposible* ante nuestro deseo... Hay un ejército de sílfides, de salamandras, de ondinas y de gnomos, pendientes de nuestro conjuro, para realizar el prodigio...

VIII

Estaba fatigado y cayó en un sueño profundo. Todos los sucesos y los rostros que había visto la noche precedente trenzaban en la sombra de su alcoba una novela alucinante. De entre aquellas formas grotescas—la cara del clérigo degradado no se le borraba un instante—, de entre aquellas carátu-



las pálidas y fanatizadas, surgió de pronto la figura casta de miss Angélica.

No estaba dormido, pero tampoco completamente despierto. La vió venir de lejos, envuelta en un halo de oro, resplandeciente como una figura mística. El ambiente era azul y fosfórico. Le sonreía

con tristeza y le decía adiós con la mano. ¡Juraría que oyó el crujido leve de su pie sobre la alfombra! No sabía si estaba dormido ó despierto. Se creía dominado por una pupila magnética, de fuerza sobrenatural. La aparición fué palideciendo y alejándose. Se hacía cada vez más pequeñita, más tenue... De pronto, un estampido horrísono que estalló en el aire é hizo crujir los muros, le despertó...

Saltó de la cama y corrió al balcón. Era media tarde. La gente paseaba tranquilamente. La vida ofrecía su aspecto normal. Había sido víctima de una pesadilla, de una realidad tan enorme, que aún hacía vibrar el éter en sus oídos.

Volvió á acostarse y se durmió.

Ya muy de noche llegó Perulia, muy pálido, con un periódico en la mano.

—¿No sabes nada aún? Toma, lee, y ten serenidad.

Florestán, muy pálido, con un vago presentimiento clavado en el pecho, abrió el periódico, donde con letras muy grandes decía:

«LA EXPLOSION DE ESTA TARDE

UNA CASA DESTRUÍDA.—VARIOS MUERTOS.—ERA UNA SOCIEDAD DE TERRORISTAS

Esta tarde, á las cuatro, una formidable explosión sembró la alarma en el populoso barrio de la Universidad. En la casa número diez y seis de la calle de la Cruz Verde había estallado una poderosa máquina explosiva que en pocos minutos redujo á escombros el edificio. El público, loco de terror, huía sin explicarse las causas de la catástrofe.

Personadas las autoridades, los individuos de la Cruz Roja y el Cuerpo de Bomberos, se procedió á extraer los cadáveres de entre los escombros. Esta

difícil y penosa tarea ha durado hasta poco antes de cerrar nuestra edición. Han sido extraídos los cuerpos de cinco individuos, completamente destrozados, y algunos con espantosas quemaduras. Está acordonado el lugar del siniestro. Un gentío enorme hace en las inmediaciones los comentarios más novelescos.

ERA UN LABORATORIO TERRORISTA

La Policía ha podido averiguar que se trataba de un laboratorio terrorista. Una torpeza de los criminales ha provocado la catástrofe. Se supone que existía un vasto complot para arrojar un explosivo de extraordinaria potencia en la función del Real en honor de todos los príncipes extranjeros que actualmente se hallan en Madrid. Era una maquinación anarquista tan audaz como terrible, de horrorosas consecuencias, si el azar no hubiera hecho fracasar el plan de los asesinos, que han pagado con la vida sus siniestros propósitos.

¿QUIÉN VIVÍA EN LA CASA DESTRUÍDA?

El dueño de la finca, su actual habitador, era un extraño personaje. Era un químico notable. Se llamaba Carlos Hernando de Toledo, descendiente de una familia de abolengo, que gastó una gran fortuna en propagandas libertarias. Ha pasado muchos años en Oriente, en Rusia y América del Norte; de todos los países fué expulsado como terrorista peligroso. Era un hombre alto, enérgico, de unos cincuenta años de edad. En todos sus viajes le acompañaba una hija suya de singular belleza.

Otro de los muertos es Pedro Manet, el conocido ácrata barcelonés. El otro cadáver se cree es el de un ruso sospechoso que hará un año fué detenido

por la Policía y expulsado de España. Los otros dos cadáveres aún no han sido identificados.

ÚLTIMA HORA

A última hora se buscaba entre los escombros el cuerpo de la hija del anarquista. Se cree que ha perecido seguramente, porque una vecina la vió entrar en la casa minutos antes de la explosión. Acaso mañana se encuentren sus restos carbonizados. Pero hasta ahora el cadáver de Angélica Hernando de Toledo no ha sido hallado.»

Luis Florestán exhaló un alarido, se irguió y cayó como herido por un rayo entre los brazos de su amigo.

Durante un mes, una aguda fiebre cerebral puso su vida en grave riesgo.

IX

En los últimos días de Septiembre partió para Andalucía. Necesitaba reposo y olvido. Era como una triste sombra de sí mismo. Habían transcurrido seis meses desde la espantosa muerte de Angélica.

Cayó en una honda misantropía, después de una furiosa crisis de desesperación. ¡Había sido la gran pasión, el gran deseo y también la sublime ternura de su existencia! ¡Ahora había en todo un vacío tan enorme!...

Después le asaltó una hiperestesia religiosa. Se pasaba el día en los templos, ante las vírgenes vestidas de azul y ante los Cristos amoratados. Volvió en su desconsuelo los ojos al espiritismo ingenuo. Después se hundió en una sima de descreimiento, apagando todas la luminarias de la Esperanza, amargamente materialista. Cuando recordaba la Misa del Diablo y las promesas del profesor, se revolvía furioso.

—¡Imbécil de mí, que creía en sus supercherías! ¡Locos y malvados, hatajo de seres repugnantes y sacrílegos! ¡Y yo que tuve esperanzas en las hechicerías de aquella noche! ¡Ya la he perdido para siempre!

Un poco más sereno volvió á Madrid, en pleno invierno. Se paseó por los barrios viejos, por los jardines solitarios. Una noche, ya muy tarde, se encontró á un escritor amigo suyo que acababa de llegar de París. Le invitó á entrar en un elegante ca-

baret de noche. Un poco contra su voluntad, accedió.

Mujeres alegres, casi desnudas, elegantes, *fin de raza*, *croupiers*, nuevos ricos y algunos estudiantes, llenaban la sala. Había un enorme bullicio de risas y de voces destempladas que apagaban la música de los violines que unos pobres virtuosos vestidos de rojo—el arte mendigo vestido de librea—tocaban en un rincón del cabaret.

Florestán y su amigo se sentaron con varios escritores y periodistas. Unas muchachas llegaron en seguida. En el cabaret se jugaba á la ruleta.

—¿Qué tal el treinta y cinco, Marina?—preguntó alguien.

La *tanguista* suspiró.

—No se ha dado en toda la noche. Pero cuando perdí la última ficha, se dió tres veces seguidas. ¡Es para suicidarse! ¿Quieres darme un duro para ver si me desquito?

—La que gana un montón de billetes es la rubia de negro. Ha saltado dos veces el fondo. No juega más que al cero. Yo me alegro de que haya alguien que gane.

—¿Y quién es esa mujer?

—No la conocemos. Viene sola... y se va sola. No habla con nadie.

—Emociona verla jugar. ¿Queréis que entremos, á ver si se lleva hasta los clavos?

Y entraron.

Había muchas mesas de baccarat, de treinta y cuarenta, de ruleta, de caballitos, de faraón. Era la catedral del azar. Las raquetas arrastraban sonoramente grandes montones de plata y de billetes. Se oía la voz gangosa, monótona, de los tiradores:

—¡El veintidós, negro!

Y un poco más allá:

—... Siete: encarnado pierde y color.

La voz del subastador gritaba sonora:

—Dos mil pesetas, á la una; dos mil pesetas, á las dos...

La rubia de negro jugaba á la ruleta. En torno de ella un gran círculo de mirones seguía con ansia los azares del juego.

Ella, impasible, ganaba siempre.

El empresario del juego, rodeado de su corte de matones, afectando serenidad, dió orden de que se le admitiese lo que quisiera jugar. La rubia coronó el cero con fichas de mil pesetas. Se hizo un hondo silencio. Se oía el crepitar de la trágica bolita, saltando en los obstáculos de cobre. Por fin cayó en una casilla.

—¡Cero!—cantó el *croupier*.

Se alzó un clamor de alegría en la sala. El pagador contaba grandes montones de fichas.

—¡Ha desbancado otra vez! ¡Me alegro!—gritó Marina, la perseguidora del treinta y cinco— He debido seguirla. ¡Ya ves; el cero es lateral de mi número!—añadió con melancolía.



—Y es una soberana mujer. Fíjate, Florestán —dijo el amigo.

La rubia se había levantado para marcharse. Luis Florestán se creía víctima de una alucinación. La rubia de negro era la viva imagen de miss Angélica. Un momento sus ojos se encontraron. Eran los mismos ojos de oro, la misma boca roja y voraz de amadora insaciable, idéntica arrogancia en el cuerpo blanco y ondulante. La magdalénica cabellera de oro se desmelenaba sobre sus hombros de mármol, de una blancura azulada. Sus manos enjoyadas tenían el mismo ritmo gracioso. En una sola cosa se diferenciaban. La rubia de negro tenía una enorme mancha siena en la mano izquierda.

—¡Qué semejanza tan maravillosa! Yo quiero saber dónde vive y quién es esta mujer.

Salió sola y Florestán tras ella. Cruzaron las calles céntricas.

—Es una cosa extravagante el ir á pie á estas horas, con una bonita suma en dinero y una fortuna en alhajas. ¡Qué bella es! ¡Qué tropel de trágicos recuerdos evoca esta mujer extraña!

Dos hombres venían siguiéndola. Florestán creyó haberlos visto en la sala de juego. Tenían una catadura poco tranquilizadora: más de ladrones que de enamorados.

Ella caminaba despacio. Volvía la cabeza para mirarle. No parecía intranquilizarle el seguimiento de los desconocidos. Comenzaban á apagar los faroles y aún no había luz en el cielo. ¡La hora peligrosa de la ciudad: la hora de los ladrones, de los asesinos, de las venganzas y de los amores prohibidos!

La dama se perdió en el dédalo de los barrios bajos.

Aprovechando la fácil huída de una encrucijada, los hombres apresuraron el paso y se dirigieron á

ella. ¿Eran, acaso, dos jugadores perdidosos á quienes la necesidad y el vicio empujaban al crimen, ó dos apaches profesionales, ladrones de cocotas ó de cualquiera que ganase en las casas de juego?

Ya iban cerca de la rubia de negro. Florestán adivinó sus garras cayendo sobre su carne blanca, arrancándole el bolso donde llevaba los billetes, desgarrando de un tirón la bellísima oreja, para robarle los pendientes.

Dió un salto y se interpuso entre ellos. Serenamente les encañonó con su pistola americana, mientras protegía con su cuerpo á la rubia desconocida.

Los salteadores cambiaron rápidas palabras en voz baja. Después parecieron decidirse. Una rápida puñalada, en la sombra, rasgó la capa de Florestán, mientras el otro se abalanzaba sobre la mujer. Florestán apretó el gatillo. Vibró un estampido seco, luego otro...

Los dos apaches se retorcían sobre las baldosas, con las manos engarfiadas manchadas de sangre...

—¡Huyamos de aquí antes de que venga la Policía!

Silenciosamente, la dama rubia se asió de su brazo y huyeron por las estrechas y retorcidas callejuelas que rodean la plaza del Progreso. A lo lejos, se oía rumor de gentes, rápidas pisadas, y brillaban, inquietos, los farolillos de los serenos...

Ya cerca de las rondas se consideraron seguros. No había que temer. No habían sido vistos por nadie. Todavía era noche cerrada.

La dama preguntó:

—¿Está usted herido?

—No. Afortunadamente erraron el golpe.

—Hubiera sentido mucho que le pasara algún mal por mi culpa...

Tenía una voz extraña, metálica y fría. A pesar de la escena violenta y del riesgo que acaba de co-

rrer, la dama continuaba serena, impávida, como cuando ganaba cantidades enormes en el cabaret.

—Siendo por defender su belleza de maravilla, no me hubiera importado caer para siempre de una puñalada—agregó Florestán apasionadamente.

—Gracias. Le debo á usted acaso la vida. Es usted bravo. A mí me gustan los hombres que no temen á la muerte. Tenga la seguridad de que no seré ingrata...—Y le sonreía, con sus dientes casi luminosos, entre los labios voraces, con una expresión ardiente y prometedora—. Le recompensaré como usted quiera...

La promesa le estremeció, como si le incitase á la profanación de algo muy sagrado.

En el seno de aquella madrugada negra, en que casi no se veían los rostros, en el silencio y en la soledad de aquellas callejuelas sórdidas, Florestán, como en una alucinación, creía estar contemplando á la sombra de la desaparecida.

Se sentía envuelto en el sensual perfume femenino y experimentaba las mismas conturbaciones, las mismas furias pasionales de otros tiempos. Su pensamiento, enloquecido por la realidad de aquella maravillosa semejanza, hablaba con la muerta adorada, acariciaba el cuerpo de la mujer nueva con la inefable emoción de poseer á la amada que se fué. Algo en el fondo de su alma se estremecía ante aquella suplantación sacrílega, en que su pobre corazón delirante violaba, con el deseo carnal, la memoria y la imagen de la muerta casta y misteriosa.

Llegaron á la puerta de una casa equívoca de aspecto siniestro, una de esas guaridas nocturnas infames y paupérrimas, habitadas por terribles larvas, donde de vez en cuando aparece una prostituta degollada por un rufián.

La dama se detuvo mirándole hipnóticamente, con una sonrisa húmeda y calina. ¿Quién era aquella rara mujer? ¿Sería una aventurera ó una ninfomaníaca enamorada de lo novelesco, alucinada por la sirena de lo imprevisto? Le envolvía con los ojos, le atraía con la fiebre de sus labios, con el cuerpo que se retorcía como un ofidio... La empujó dulcemente y se perdieron en la guarida tenebrosa del amor fortuíto...

* * *

Fueron varias horas de vértigo, de locura, de paraíso... La pasión victoriosa enroscó sus cuerpos en los deleites más intensos, en las caricias más extenuantes, en los frenéticos espasmos en que la red nerviosa estallaba en latigazos eléctricos y el corazón se detenía en una asfixia de placer y de angustia.

¡La vió en toda su regia desnudez; poseyó su gloriosa y deslumbrante hermosura de Emperatriz del Deseo, de Diosa de la Pasión; su infernal y magnífica belleza satánica, obra maestra de la Lujuria, Nuestra Señora del Infierno!

Era la evocación palpitante de miss Angélica... Parecía un poco menos joven, é igual que en la mano, sobre el seno y en los flancos victoriosos, tenía unas enormes manchas obscuras, de un rojo negro, abrasado, inquietante...

¡Y su alma era bien distinta! Esta mujer que dormía junto á él era una magnífica hembra estúpida y fácil—toda ardor—, sin ninguna gracia espiritual.

Sentía una honda fatiga y una enorme tristeza en el corazón. Debía de ser tarde. Apagó la luz...

Estrechó contra su pecho á la hermosa rubia... Besó sus labios una y otra vez, furiosamente, en la obscuridad. ¡Quería hundirse en el sueño con la boca pegada á la suya!

De repente una sensación de repugnancia le hizo

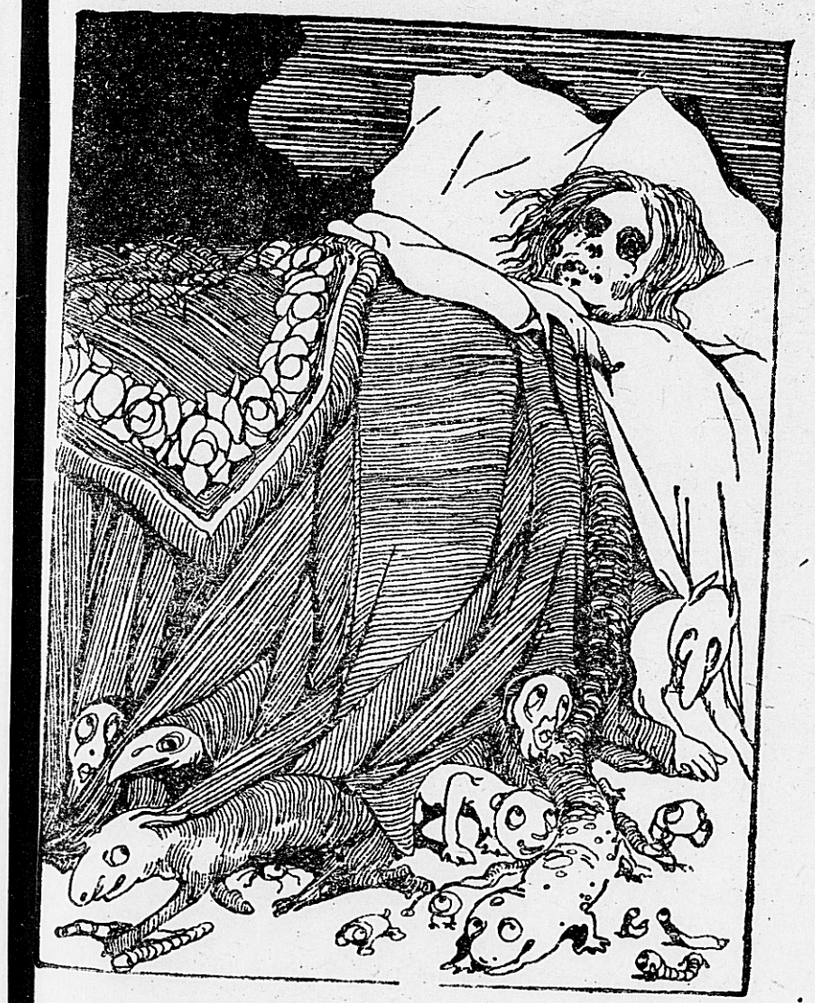
separar los labios... Aspiraba un ligero olor desagradable, que trascendía de los entreabiertos labios de la hermosa durmiente. El olor se fué intensificando rápidamente; era un vaho agrio, denso, insoportable. El ritmo de su respiración se iba haciendo más tenue cada vez.

Se incorporó. El hedor se hacía cada vez más fuerte; parecía que formaba una atmósfera pesada y viscosa en torno suyo. Sentía náuseas en el estómago y una aguda opresión en las sienes. Ya fluía no sólo de la boca, sino de toda la masa de carne inmóvil. Era un miasma penetrante de carne podrida, como el hedor de un barranco donde hierve al sol el cuerpo descompuesto de un animal. ¡Oh! ¡No había duda: era un hedor espantoso de cadaverina!

Florestán saltó del lecho y abrió el balcón... Un raudal de luz iluminó la sórdida alcoba. Respiró á plena boca. ¡No comprendía bien, pero temblaba epilépticamente ante una espantosa sospecha!

—¡Oh! ¡Si esta mujer se hubiera muerto de repente!

El hedor le anegaba los pulmones á pesar de entrar el aire de la calle. Tuvo valor para acercarse al lecho. El cuerpo yacía espantosamente amarillo, lleno de repugnantes manchones morados. La levantó los párpados y dió un grito de horror. Sobre la pupila vidriada una larva blanquecina y ondulante surgía del lagrimal. La boca que acababa de besar frenéticamente estaba rodeada de un círculo negro y había cesado de respirar. Tocó aquel cuerpo de magnífica belleza y sus dedos se hundieron en una masa blanduzca y purulenta. Asió sus rubios cabellos, y al cambiar de postura la cabeza, por la boca y por los tubos de la nariz manaron dos chorros de un líquido viscoso, como dos chorreones de sangre putrefacta... El vientre se había hinchado



en un disforme abombamiento horrorosamente trágico y grotesco.

Dió un alarido de loco... Entró gente... Mujeres desgreñadas, hombres de mala catadura, medio desnudos... Todos vieron con espanto aquel montón de materia ya informe, donde se habían borrado todas las facciones, como una inmensa, fúnebre, hedionda plasta de materia en cadavérica fermentación.

Cuando, media hora más tarde, llegó el médico forense, exclamó con asombro:

—¡Es incomprensible! ¡Este cuerpo está muerto desde hace muchos meses!...



X

El mundo literario se ocupó extensamente de la conversión de Luis Florestán, el famoso novelista, poeta y *aprendiz de brujo*.

Se hicieron las suposiciones más disparatadas. Solamente el doctor Saturno, que había leído á la Maestra, pudo comprender que el pacto se había realizado...

Florestán busca el perdón de sus pecados inauditos en un rincón carmelita de Avila, la legendaria cuna mística. Después de algunas horrorosas catástrofes de alma, no queda más solución que el suicidio ó hacerse fraile.

Un día llegó á visitarle su amigo Perulia, colorado, gordiflón, satisfecho de la vida. Se había casado con una muchacha buena, alegre y que le quería. Tenían un hijo que era un encanto... Perulia está ya convencido de que existe otra vida...; pero mientras llega el momento, quiere vivir en paz, con su mujer y su pequeño, y la conciencia en calma.

Como seguía siendo muy goloso, el padre Florestán le obsequió con unas tortas de hojaldres y cabello de ángel, obra maestra de un lego de la Orden de Nuestra Madre Santa Teresa, la dulce y visionaria doctora...

FIN